

rar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si parecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví á entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente me ocurrió una idea salvadora.

«Siseta—dije á mi amiga.—Hace días que no veo á Pichota; pero supongo que andará por ahí con sus tres gatitos.»

—¡Oh!—me respondió con dolor.—¿No sabes que el Sr. D. Pablo ha acabado con toda la familia? ¡Pobre Pichota! El dice que es una carne excelente; pero yo creo que me moriría de hambre antes de comerla.

—¿Ha muerto Pichota? No sabía nada. ¿Y también los tres angelitos?..

—No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, D. Pablo bajaba con frecuencia. Un día se me puso delante de rodillas, rogándole que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres, ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y D. Pablo, echándole mano con mucha presteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de Pichota, y sin aguardar mi contestación, entró en la cocina, después en el cuarto obscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salió, tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pe-

reció de la misma manera, y después de esto Pichota ha desaparecido de la casa, tal vez por haber entendido que no está segura.»

Siseta y yo convinimos en que era urgente rezar, con la esperanza de que, á fuerza de ruegos, nos enviase Dios, por sus misteriosos caminos, algo de lo que tanto necesitábamos. Pero rezamos, y Dios no nos mandó nada.

XII

Meditaba yo sobre la deserción del pobre animal, cuando se nos presentó de repente Nomedeu. Su aspecto era por demás macilento y cadavérico, habiendo perdido á fuerza de padeceres físicos y morales hasta aquella bondadosa expresión y el dulce acento que le distinguían. Su vestido estaba desordenado y roto, y traía la escopeta de caza y un largo cuchillo de monte.

«Siseta—dijo bruscamente, y olvidándose de saludarme, á pesar de que hacía algunos días que no nos veíamos.—Ya sé dónde está esa pícara Pichota.

—¿En dónde está, Sr. D. Pablo?

—En el desván que hay en el fondo del patio y que servía de pajar y granero cuando yo tenía caballo.

—Tal vez no será ella,—dijo mi amiga en su generoso anhelo de salvar al pobre animal.

—Sí, es ella; te digo que es ella. A mí no se me despinta Pichota. La muy tunanta saltó esta mañana por la ventana de la despensa y me robó un pernil que allí tenía. ¡Qué atrevimiento! Comerse la carne de su propio hijo. Es preciso acabar con ese animal. Siseta, ya te he dado gran parte de mis muebles en cambio de los gazapos. No me queda otra cosa de valor que mis libros de medicina. ¿Los quieres á trueque de la gata?

—Sr. D. Pablo, ni los muebles ni los libros tomaré; coja usted á Pichota, y ya que nos vemos reducidos á tal extremidad, dé una parte á mis hermanos.

—Está bien—respondió Nomdedeu.—Andrés, ¿te atreves á cazar ese terrible animal?

—No creo que sean precisos tantos pertrechos militares,—respondí.

—Pues yo sí lo creo. Vamos allá.»

Badoret y su hermano quisieron seguirnos; pero Siseta les contuvo diciéndoles que no fueran curiosos y entrometidos; y solos el médico y yo subimos al desván, entrando despacio y con precauciones por temor á ser acometidos del rabioso carnicero, á quien el hambre y el instinto de conservación debían haber dado una ferocidad extraordinaria. Don Pablo, porque la presa no se nos escapara, cerró por dentro la puerta y quedamos casi en completa obscuridad, pues la débil luz que por un estrecho ventanillo entraba, no aclaró el lóbrego recinto sino cuando nuestros ojos fueron perdiendo poco á poco el deslumbramiento de la luz exterior. Multitud de objetos,

muebles viejos y destrozados, obstruían buena parte de la estancia, y sobre nuestras cabezas flotaban densos cortinajes de tela de araña, guarnecidos por el polvo de un siglo. Cuando empezamos á ver los contornos y las obscuras tintas del recinto, buscamos con los ojos á la prófuga; pero nada vimos, ni se oyó ruido alguno que indicase su presencia. Manifesté mis dudas á D. Pablo; pero él me dijo:

«Sí, aquí está. La ví entrar hace un momento.»

Movimos algunas cajas vacías; arrojamos á un lado pedazos de silla y un pequeño tonel, y entonces sentimos el roce de un cuerpo que se deslizaba en el fondo de la pieza atropellando los hacinados objetos. Era Pichota. Vimos en el fondo obscuro sus dos pupilas de un verde aurífero, vigilando con feroz inquietud los movimientos de sus perseguidores.

«¿La ves?—dijo el doctor.—Toma mi escopeta y suéltale un tiro.

—No—repuse riendo.—Es muy fácil errar la puntería. De nada sirve en este caso el fusil. Póngase usted á ese lado y deme el cuchillo.»

Las dos pupilas permanecían inmóviles en su primera posición, y aquella lumbre verdosa y dorada que no se parece á la irradiación de ninguna otra mirada ni de piedra alguna, produjo en mí fuerte impresión de terror. Después distinguí el bulto del animal, y sus manchas parduzcas y negras sobre amarillo se multiplicaban á mis ojos, ensanchando su cuerpo hasta darle las proporciones de un tigre. Yo

tenía miedo, ¿á qué negarlo con pueril soberbia? y por un momento sentíme arrepentido de haber emprendido obra tan difícil. D. Pablo, que tenía más miedo que yo, daba diente con diente.

Celebramos consejo de guerra, del cual salió que debíamos tomar la ofensiva; pero cuando cobrábamos algún valor sentimos un sordo ronquido, un ruido entre arrullo y estertor, que anunciaba las disposiciones hostiles de Pichota. En su lenguaje, la gata nos decía: «Asesinos de mis hijos, venid acá, que os espero.»

Pichota, que primero estaba en postura de esfinge, se agachó sentando la angulosa cabeza sobre las patas delanteras, y entonces su mirada cambió, despidiendo una luz azul que proyectaba de dos rayas verticales. Parecía fruncir el torvo ceño. Luego irguió la cabeza; pasóse las patas por la cara, limpiando los largos bigotes, y dió algunas vueltas sobre sí misma, para bajar á un sitio más cercano, donde se puso en actitud de salto. La fuerza muscular de estos animales en las articulaciones de sus patas traseras es inmensa, y desde su puesto podía saltar hasta nosotros. Observé que las miradas del animal se dirigían más rectamente á D. Pablo que á mí.

«Andrés—me dijo,—si tú tienes miedo, yo me voy encima de ella. Es una vergüenza que un animal tan pequeño acobarde de este modo á dos hombres. Sí, señora Pichota, nos la comeremos á usted.»

Parece que el animal oyó y entendió estas amenazadoras palabras, porque aún no había

acabado de pronunciarlas mi amigo, cuando con ligereza suma lanzóse sobre él, haciéndole presa en el cuello y hombros. La lucha fué breve, pues la gata había puesto ya en ejecución el conjunto de su potencia ofensiva, de modo que el resto del combate no podía menos de sernos favorable. Acudí en defensa de mi amigo, y el animal cayó al suelo, llevándose en las uñas algunas partículas de la persona del buen doctor, y haciéndome á mí algunos desperfectos en la mano derecha. Corrió luego en distintas direcciones; pero al lanzarse sobre mí, tuve la buena suerte de recibirla con la punta del cuchillo de monte, lo cual puso fin al desigual combate.

«Este animal es más temible de lo que creí,—me dijo D. Pablo apoderándose del cuerpo palpitante.

—Ahora, Sr. Nomdedeu—indiqué yo,—partiremos como hermanos la presa.»

El doctor hizo una mueca que indicaba su profundo disgusto, y limpiándose la sangre del cuello, me dijo con tono agresivo que por primera vez oí de sus labios:

«¿Qué es eso de partir? Siseta contrató conmigo á Pichota á cambio de mis libros. ¿Tú sabes que mi hija no ha comido nada ayer?

—Todos somos hijos de Dios—repuse,—y también Siseta y los de abajo han de comer, Sr. D. Pablo.»

Nomdedeu se rascó la cabeza, haciendo con boca y narices contracciones bastante feas; y tomando el animal por el cuello, me dijo:

«Andrés, no me incomodes. Siseta y los

bergantes de sus hermanos pueden alimentarse con cualquier piltrafa que busquen en la calle; pero mi enferma necesita ciertos cuidados. Tras hoy viene mañana, y tras mañana pasado. Si ahora te doy media Pichota, ¿qué comerá mi hija dentro de un par de días? Andrés, tengamos la fiesta en paz. Busca por ahí algo que echar á tus chiquillos, que ellos con roer un hueso quedarán satisfechos; pero haz el favor de no tocarme á Pichota.»

De esta manera el corazón de aquel hombre bondadoso y sencillo se llenaba de egoísmo, obedeciendo á la ley de las grandes calamidades públicas, en las cuales, como en los naufragios, el amigo no tiene amigo, ni se sabe lo que significan las palabras prójimo y semejante. Oyendo á D. Pablo, despertóse en mí igual sentimiento egoísta de la vida, y ví en él un aborrecido partícipe de la tabla de salvación.

«Sr. Nomdedeu—exclamé con súbita cólera:—he dicho que Pichota se partirá, y no hay más sino que se partirá.»

El médico, al oír este resuelto propósito, miróme con profunda aversión por algunos segundos. Sus labios temblaban sin articular palabra alguna; púsose palido, y luego, con un gesto repentino, me empujó hacia atrás fuertemente. Yo sentí que mi sangre, abrasada, corría hacia el cerebro; un repentino escalofrío que circuló por mi cuerpo me crispaba los nervios. Cerrando los puños, alargué las manos casi hasta tocar con ellas la cara de Nomdedeu, y grité:

«¿Con que no se parte Pichota? Pues me-

jor. Mejor, porque es toda para mí. ¿Qué tengo yo que ver con la señorita Josefina, ni con sus males ridículos? Dele usted telarañas.»

Nomdedeu rechinó los dientes, y sin contarme se fué derecho hacia el animal, que yacía en tierra desangrándose. Hice yo igual movimiento; nuestras manos se chocaron; forcejamos un breve instante; descargué sobre él mis puños, y Nomdedeu rodó por el suelo largo trecho, dejándome en completa posesión de la presa.

«¡Ladrón!—gritó.—¿Así me robas lo que es mío? Aguarda y verás.»

Recogiendo la víctima, me dispuse á salir. Pero Nomdedeu corrió, mejor dicho, saltó como un gato hacia donde estaba la escopeta, y tomándola, me apuntó al pecho diciendo con trémula y ronca voz:

«Andrés, canalla: suéltala ó te asesino.»

Miré en derredor mío buscando el cuchillo de monte; pero ya D. Pablo lo tenía en el cinto. Corrí á la puerta del desván y no pude abrirla; entróme de súbito un terror que no pude vencer, y salté maquinalmente, sin saber lo que hacía, hacia los cajones vacíos, los muebles viejos y el montón de cachivaches donde se nos había aparecido Pichota. Mis pies se hundían entre tablas desvencijadas, cuyos clavos me lastimaban, y mi cabeza tropezó en las vigas del techo, haciendo caer el polvo, la polilla y las repugnantes inmundicias depositadas por dos siglos.

«Bárbaro—grité desde arriba,—ya me las pagarás todas juntas.»

Pero Nomdedeu seguía tras mí, buscando la puntería, y con pie firme hollaba las rotas tablas; yo corrí de un extremo á otro seguido por él, y dimos varias vueltas, subiendo, bajando, hundiéndonos y levantándonos en los desfiladeros, laberintos y sinuosidades de aquella caverna.

Por fin, habiendo salido el tiro, Nomdedeu extendió su hocico como ávido cazador, por ver si me había alcanzado. Felizmente la bala no me tocó.

«No me ha tocado,» dije con furiosa alegría, disponiéndome á caer sobre mi enemigo.

Pero él desenvainó al instante su cuchillo, y con acento más frenéticamente alegre que el mío, gritó en medio del desván:

«¡Ven, ven!... ¡Ladrón, que quieres matar de hambre á mi hijal... Suelta á Pichota; suéltala, miserable.»

Y sin esperar á que yo le acometiera, corrió hacia mí. Entróme mayor pánico que cuando me perseguía con la escopeta, y de nuevo nos lanzamos á los precipicios en miniatura, tropezando y saltando, yo delante, él detrás; yo gritando, él rugiendo hasta que, rendido de fatiga, caí entre destrozadas tablas, que me impedían todo movimiento. Me encontré débil y me reconocí cobarde, sintiéndome incapaz de luchar con aquella furia, metamorfosis del hombre más manso, más generoso y humanitario que yo había conocido.

«Sr. D. Pablo—le dije,—tome usted á Pichota. No puedo más. Se ha vuelto usted tigre.»

Sin contestarme nada, y mostrando la horrible agitación y crisis de su alma en un sordo mugido, recogió el animal que yo había arrojado lejos de mí, y abriendo la puerta, se marchó.

Pasada la irascibilidad de aquel cuarto de hora, apenas me podía tener; salí, bajé á casa de Siseta, y cuando ésta me vió magullado, arañado y cubierto de polvo, tuvo miedo. En pocas palabras contéle lo ocurrido, y los tres muchachos me oyeron con espanto.

«No hay nada por hoy—les dije con angustia.—Voy á la calle á ver si encuentro una persona caritativa.»

Siseta se abrazó á sus hermanos, derramando lágrimas de desesperación, y yo corrí desalado fuera de la casa. En la calle marchaba como un ebrio, sin dirección, ni aplomo, ni camino, y con la mente en ebullición, cargada, atestada y henchida de criminales ideas.

XIII

A mi paso encontraba las familias desvalidas, formando horrorosos grupos de desolación en medio de la vía pública, con los pies en el lodo, guarecida la cabeza del sol y la lluvia bajo miserables toldos de sucias esteras. Se arrancaban de las manos unos á otros la

seca raíz de legumbre, el fétido pez del Oñá, las habas carcomidas y los huesos de animales no criados para la matanza. Diestros carniceros, improvisados por la necesidad, perseguían por todos los rincones de Gerona á los pobres perros que, bastante inteligentes para comprender su trágica suerte, buscaban refugio en lo más recóndito, y aun se atrevían á traspasar la muralla, corriendo á escape hacia el campo francés, donde eran acogidas con aplauso y algazara tales pruebas de nuestra penuria. Por todas partes, en sótanos y tejados, los gatos se defendían con sus ásperas uñas del ataque de la humanidad, empeñada en vivir.

Los soldados recibían su ración de trigo seco; pero los habitantes de la ciudad tenían que buscarse el sustento como Dios les daba á entender. La caza y la pesca eran la ocupación más importante. En cuanto á trabajos militares, no había nada, porque nuestra situación consistía en recibir bombas y granadas, sin poder apenas devolver los saludos. En varias partes pedí que me dieran algo para unos pobres huérfanos; pero la gente me miraba con indignación, y alguno me echó en cara mi robustez. Yo estaba en los puros huesos.

En la calle de Ciudadanos y en la Plaza del Vino (1) ví muchos enfermos que habían sido sacados de los sótanos para que se murieran menos pronto. Su mal era de los que llamaban

(1) Hoy de la Constitución.

los médicos *fiebre nerviosa castrense*, complicada con otras muchas dolencias, hijas de la insalubridad y del hambre; y en los de tropa todas estas molestias caían sobre la fiebre traumática.

Sin quererlo yo, me apartaba á cada instante de mi objeto, que era buscar alimento para mis niños, y aquí me llamaban para que ayudase á arrastrar un enfermo; allí me rogaban que ayudara á poner tierra encima de los cadáveres. Mi deseo era arrojarme como los demás en medio del arroyo, esperando la muerte; pero el ejemplo de algunos que resistían con sin igual tesón el cansancio, me obligaba á seguir en pie. En la calle de la Zapatería Vieja sacamos fuera de los sótanos á varios clérigos, ancianos y niños, mereciendo en premio de nuestro servicio algunos pedazos de pan negro ó de cecina. Los otros devoraban su parte; pero yo guardé la mía, adquiriendo con su posesión la fuerza moral que había perdido.

La calle ó callejón de la Forsa, que conduce desde la Zapatería Vieja á la catedral, era una horrible sentina, una acequia angosta y lóbrega, donde algunos seres humanos yacían como en sepultura, esperando quien les socorriese ó quien les matase. Entramos en ella, conducidos por D. Carlos Beramendi, hombre de gran mérito que se multiplicaba para disminuir en lo posible las desgracias de la ciudad, y recogimos los cuerpos vivos y medio vivos, muertos y medio muertos, sacándolos á las gradas de la catedral, donde les bañasen

aires menos corrompidos. La catedral ya no podía contener más enfermos, y la plaza se fué convirtiendo en hospital al descubierto. Allí ví aparecer en lo alto de la gradería á D. Mariano Álvarez, que daba algunas disposiciones para el socorro de los heridos. Su semblante era en toda Gerona el único que no tenía huellas de abatimiento ni tristeza, y conservábase tal como el primer día del sitio. Gran número de gente le rodeaba, y entre ellos ví con sorpresa á D. Pablo Nomdedeu con otros médicos, individuos de la Junta de salubridad, y varias personas influyentes. La multitud victoreó á Alvarez, quien no dijo nada, absteniéndose de manifestar disgusto ni alegría por la ovación, y descendió tranquilamente. La gradería ofrecía el más lamentable aspecto, y con la algazara de los vivas y aclamaciones dirigidas al Gobernador, era difícil oír las quejas y lamentos. Desde lejos se observaba claramente que muchos de los que componían la comitiva del héroe estaban afligidos ante tan doloroso espectáculo. Sin duda hablaban á D. Mariano de la escasez de víveres, porque se oyó una voz de protesta que dijo: «Señor, cuando no haya otra cosa, comeremos madera.»

En esto llegó junto á mí D. Pablo, que se había separado un poco de la comitiva.

«¡Comer maderal—exclamó.—Eso se dice, pero no se hace. Andrés, me alegro de verte por aquí. ¿Cómo estás?... ¿y Siseta y los chicos?»

Aunque empezaba á extinguirse en mi al-

ma el resentimiento, amenacé con el puño á Nomdedeu.

«¡Ab, todavía me guardas rencor por lo de esta mañanal—dijo.—Andresillo, en estos casos no es uno dueño de sí mismo. Yo me espantaba entonces y me he espantado después de encontrarme tan bárbaro y salvaje. Se trata de vivir, Andrés, y el pícaro instinto de conservación hace que el hombre se convierta en fierecita. Que yo sea capaz de matar á un semejante, es cosa que no se comprende, ¿no es verdad? ¡Ay, amigo mío! La idea de que mi hija me pide de comer y no puedo darle nada, ahoga en mí el patriotismo, el pensamiento, la humanidad, trocándome en una bestia. Andrés, no somos más que miseria. Indigno linaje humano, ¿qué eres? Un estómago y nada más. Se avergüenza uno de ser hombre cuando llegan estos casos en que todas las relaciones sociales desaparecen, y reina la Naturaleza pura. Pero estoy viendo que el número de los heridos es inmenso. Hoy hemos estado haciendo el recuento de medicinas, y no hay ni para la décima parte en un solo día. ¿A dónde vamos á parar? ¿Es posible que esto se prolongue? No, no puede ser. Mira qué horroroso aspecto presenta la gradería cubierta de cuerpos humanos.»

En efecto: los cien escalones que conducen á la catedral ofrecían en pavoroso anfiteatro un cuadro completo de los males de la heroica ciudad.

Alvarez con su comitiva seguía bajando, y la multitud apartábase para abrirle paso.

«Señor—le dijo Nomdedeu volviéndome la espalda.—Olvidé decir á Vucencia que los medicamentos que tenemos no bastan ni para la décima parte.»

D. Mariano miró friamente y sin marcada expresión al médico. ¡Qué bien ví entonces al célebre Gobernador, y cuán presentes se quedaron desde entonces en mi mente sus facciones, su mirar y sus palabras! La cara pálida y curtida, los ojos vivos, el pelo cano, la figura delgada y enjuta, la contextura de acero, la fisonomía imperturbable y estatuaría, la tranquilidad y la serenidad juntas en su semblante: todo lo examiné y todo lo retuve en la memoria.

«Si no hay bastantes medicinas—repuso,—empléense las que hay, y después se hará lo que convenga.»

Esta muletilla de *lo que convenga* era muy suya, y con ella solía terminar sus discursos y amonestaciones, siendo en él muy natural decir: «Si no se puede resistir el asalto y los franceses entran en la ciudad, moriremos todos, y después *se hará lo que convenga.*»

«Pero, señor—añadió D. Pablo,—los enfermos no admiten espera. Si no se les cura... se podrá tirar un día, dos...»

Alvarez paseó serenamente la vista por el anfiteatro, y después, volviéndose á Nomdedeu, le dijo:

«Ninguno de ellos se queja. Pronto recibiremos auxilios. La plaza no se rendirá, señor Nomdedeu, por falta de medicinas. ¿No discurre usted algún medio para aliviar la suerte de los enfermos y heridos?»

—¡Oh, sí señor!—dijo el médico alentado por algunos de la comitiva que murmuraron frases más en consonancia con los pensamientos del médico que con los del Gobernador.—Me ocurre que Gerona ha hecho ya bastante por la Religión, la Patria y el Rey. Ha llegado ya al límite de la constancia, señor, y exigir más de esta pobre gente es consumir su completa ruina.»

Alvarez agitó ligeramente el bastón de mando en la mano derecha, y sin inmutarse dijo á Nomdedeu:

«*Veo que sólo usted es aquí cobarde. Bien: cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.*»

Cuando acabó de hablar, callaron todos de tal modo, que se oía el zumbido de las moscas. Nomdedeu volvió atrás la cabeza buscándose con la vista para disimular su turbación, y harto confuso hubo de abandonar la comitiva. Hasta mucho después de que ésta pasara no recobró el uso de la palabra mi buen doctor, y estaba pálido y tembloroso, señal inequívoca de su miedo.

«Andrés—me dijo en voz baja tomándome del brazo, y llevándome en dirección de la Plaza de San Félix,—ese hombre va á acabar con nosotros. Yo soy patriota, sí señor, muy patriota; pero todo tiene su límite natural, y eso de que lleguemos á comernos unos á otros me parece una temeridad salvaje.

—La entereza de D. Mariano—le respondí,—nos llevará á tragarnos mutuamente; pero

por lo que á mí toca, y mientras sepa que ese hombre está vivo, antes me comeré á mordidas mi propia carne, que hablar de capitulación delante de él.

—Grande y sublime es su constancia—me dijo:—yo la admiro y me congratulo de que tengamos al frente de la plaza un hombre cuya memoria ha de vivir por los siglos de los siglos. ¡Oh, si yo fuera solo en el mundo, Andrés! Si yo no tuviera más que mi indigna persona, si no tuviera otro cuidado que la visita al hospital y el recorrido de los enfermos que están en la calle, yo mismo le diría á D. Mariano: «Señor, no nos rindamos mientras haya uno que pueda vivir, almorzándose á los demás.» Pero mi hija no tiene la culpa de que una nación quiera conquistar á otra... Sin embargo, humillemos la frente ante la voluntad de Dios, de la cual es ejecutor en estos días ese inflexible D. Mariano Alvarez, más valiente que Leónidas, más patriota que Horacio Cocles, más enérgico que Scévola, más digno que Catón. Es éste un hombre que en nada estima la vida propia ni la ajena, y como no sea el honor, todo lo demás le importa poco. En las jornadas de Septiembre, cuando Vives el capitán de Ultonia se disponía para una pequeña excursión al campo enemigo, preguntó á D. Mariano que á dónde se acogería en caso de tener que retirarse. El Gobernador le contestó: «Al cementerio.» ¿Qué te parece? ¡Al cementerio! Es decir, que aquí no hay más remedio que vencer ó morir; y como vencer á los franceses es imposible porque son ciento y la madre, saca

la consecuencia. ¡Esto entusiasma, Andrésillo! Se le llena á uno la boca diciendo: ¡viva Gerona y Fernando VII! le parece á uno que ya está viendo las historias que se van á escribir ensalzándonos hasta las nubes; pero yo quisiera poder gritar: ¡viva España y viva Josefina! ó que al menos entre las ruinas humeantes de esta ciudad y entre el montón que han de formar nuestros cuerpos despedazados, se alzara rebosando salud mi querida hija única, que nunca ha hecho mal á España, ni á Francia, ni á Europa, ni á las Potencias del Norte ni del Sur.»

El doctor detúvose á examinar varios enfermos, y corrí á casa de Siseta para llevarles lo poco que había recogido.

XIV

Casi juntamente conmigo entró Badoret, que había salido á hacer una excursión por la Plaza de las Coles, y volvía tan alegre y saltón, que le juzgué portador de víveres para ocho días.

«¿Qué hay, Badoret?» le preguntamos Siseta y yo.

Nos contestó abriendo los puños para mostrar algunas piezas de cobre, y cerrábalos después, bailando con frenesí en medio de la sala.